

Remedios

Sofía Ximena Navarro Reyes

Más voces y colores se metían en mi corazón, lo hacían bailando y gozando de la música entrecruzada. Cacofonías y melodías.

En la hacienda de los Martínez el sol gobernaba sobre las nubes con los mezquites que parecían uñas y garras de las brujas bajo la cama.

El latido de los corazones entre las milpas y rosales, mi corazón que se dejaba conquistar por el aroma a incienso y hierbas medicinales. Yo me encargaba de traer de entre las milpas la vida, un nuevo latido, más sangre y el llanto de otro ser.

Vivían en la hacienda en mitad de la paz y la tranquilidad, pero mi corazón se encontraba entre los montes, en esa cabaña vieja de palma y madera en donde mi abuela enseñó a mi madre el oficio de la partería, donde vi y escuche por primera vez a un bebé salir del cobijo de su madre, llantos y sangre en las sábanas.

Remedios, así me puso mi madre en ausencia de un hombre. Viajaba con ella por el monte hasta las ranherías, las haciendas solitarias y las que estaban a punto de ser un pueblo con todo y su iglesia, para asistir a las embarazadas y madres primerizas aun con la panza inflamada y el chiquillo en la cama, pacíficamente durmiendo con una sonrisa angelical, como los querubines en las pinturas de la iglesia.

Las revisábamos y les dejábamos menjurjes para calmar los dolores, piedras calientes y unas bolsitas con telas perfumadas. A mamá le gustaba pasar por el mercado y ver todo lo que ahí se vendía, a veces compraba, otras decía que para la próxima. Íbamos por las haciendas revisando a los bebés de meses, quitándoles la mala suerte y las lombrices de la panza; comíamos platillos que en la casa jamás imaginamos, en una ocasión comimos camarones con arroz y fue descubrir la gloria, tocar el cielo con las puntas de los dedos. Conocer y servir por un par de monedas o un kilo de tortillas.

Cuando cumplí dieciséis, la abuela me permitió asistirle en uno de los partos. La chica tenía mi edad, sudaba como puerco con las manos atadas a un palo medio sentada, gritaba y gemía en intensos dolores por sacar la vida de su interior.

Cacofonías y colores que no existían.

Su esposo esperaba en un rincón con las manos entrelazadas.

Dejó de gemir y fue un intento de grito lo que exhaló.

—¡Ya viene, solo un poco más! —gritó la abuela a sus pies.

Tome su mano y las dos respiramos profundo y con todas las fuerzas que le quedaban en ese pequeño cuerpo pudo dar a luz a un niño hermoso y que lloro tan pronto salió. Su mano me soltó y su cuerpo se vino abajo.

—Llévala a la cama, límpiala y vístela con ropa nueva, porque ha logrado traer vida al mundo —me indicó la abuela mientras llevaba al niño a los brazos temblorosos de su padre.

Durmió cuatro horas en un profundo sueño, al final, en pequeños sorbos, le dimos un té de acuyo para calmar la hinchazón del cuerpo y que pudiera respirar sin dificultad.

La observé, sudaba y las manos le temblaban mientras veían a su hijo en los brazos seguros de su esposo. ¿Todo era así? La vida iba con los dolores, sangre y manos temblorosas... ¿o la vida conllevaba dolor?

Los esposos y el pequeño querubín se fueron al amanecer, y la pregunta al verla caminar como gato espinado se

clavó tan profundamente en mi mente que el olor a humo de la casa me provocó arcadas.

Vi los libros y escritos arcaicos de la abuela y busqué entre líneas un remedio para el dolor, otro para un parto sin sangre y, si podía, uno en que no tuviera que desmayarse la mujer. Creé un mapa con las hojas sobre la cama, un árbol en el piso y todo se levantó del suelo con el simple silbido del viento; supe cómo curar el mal de ojo y cómo prevenirlo, cómo quitarles los cólicos a los caballos y que el muitle quitaba la diarrea, pero no había remedio para el dolor de un parto, o para el andar con espinas entre las piernas. No había hierba ni veneno que no las hiciera pasar por un parto sin dolores innecesarios.

Pasaron meses y seguí acompañando a mamá al mercado con el aroma a plátano y especias extranjeras, asistía a la abuela en los partos, vi a gallinas y guajolotes vivir juntos en el mismo gallinero sin comerse entre ellos. Vi zorros y coyotes que luchaban por un pedazo de tierra.

Escuché a una mujer pedir que su niño viviera antes que ella, “Que salga él, mejor él que yo”, fue lo que nos dijo en un rezo entre alaridos desesperados. La vi por lo que era y por lo que no pudo darle al mundo, por los colores que no debían estar sobre su piel, sellos.

Gritó y mamá sacó al niño, un querubín que por más nalgadas que le daban no lloraba. Lo zarandeo con cuidado y su rostro siguió morado. Lo tomé de los brazos de mi madre, lo acerqué a mi oído buscando el latido de su pequeño corazón. Un latido, o dos, solo eso. Quería saber si corría sangre y el aire se transportaba.

Quería saber por qué su corazón no latió, por qué no fue capaz de respirar.

Y la espina se clavó más profundo en un intento de gritarme que la dejara, pero, al mismo tiempo, que la mantuviera conmigo, que la dejara florecer.

Volví a los textos de la abuela y el viento silbó, se llevó todo, lo revolvió frente a mis ojos, se metió entre mis oídos y

me dejó tirada en la humedad, con la manzanilla en el pelo negro y el petate en la mano.

Nos mandaron llamar a un pueblo del otro lado del monte, fue el corregidor. Al llegar, la casa estaba repleta de personas que se hincaban y rezaban frente a las imágenes de la Virgen de Guadalupe, entramos y pudimos escuchar un grito al final del pasillo y una voz que rogaba que resistiera un poco más.

Tenía lágrimas en la garganta.

Algo me habló al oído, se acercó y pasó de largo, abriendo la puerta del cuarto como una flecha, lo vi y supe que el cielo lo había mandado para mí, era el viento y el movimiento de mi corazón dentro de mi pecho; no era un parto como los que conocía; no estaba sentada o en cuclillas, estaba recostada en su cama blanca manchada por el dolor disipado por el llanto de un niño hermoso y sano dado a luz.

Y no fueron colores imaginarios. La escuché y la vi sostenerlo en sus brazos con lágrimas en las mejillas.

“Hagan su magia con las hierbas y esas cosas. El médico ya terminó”, dijo el corregidor antes de salir del cuarto. Lo pude ver al hombre de ropas blancas frente a la mujer, le sonrió y metió un montón de cosas plateadas en su maletín, pasó a nuestro lado sin cruzar mirada. El párroco lo detuvo y le dio la mano, finalmente se acercó al niño y lo bendijo proclamándolo hijo de Dios.

Nos acercamos a la mujer, titubeando le dimos el té de acuyo, mientras lo tomaba, revisamos al niño, buscando colas de cerdo o dedos demás.

—¿Qué fue eso? —le pregunté a la mujer.

—Niña, es ciencia —contestó con la lengua en s.

Fue el momento en que la espina se clavó tan profundo en mi mente que se traspasó a mi corazón, se volvió fina, directa y curiosa, tan curiosa que no volvió a los papeles de la abuela, no volvió a tocar un molcajete en búsqueda de un remedio milagroso. No, lo buscó fuera de su casa, lejos del monte; en las paredes pintadas y esculpidas en ladrillos con fuentes y canarios en jaulas.

Lo buscó entre libros de cuero y bocas que hablaban otro idioma, el idioma de la ciencia.

“¡Pues ve y busca tu dichosa cura en otro lado. En esta casa estás con nosotras o no eres nada!”, me gritó la abuela y me azotó la puerta de mi corazón en la nariz.

Salí con mis maletas y el puño de hierbabuenas. Abrí las puertas de la casa del corregidor, las ventanas y las jaulas cantaron y se retorcieron con el paso del viento y el olor a incienso. Estaban ahí todos, el corregidor y su esposa con el niño en brazos, el médico de traje y el padre de la parroquia, todos lo olieron y parecía que la cura estaba cada vez más cerca.

La rocé con las puntas de los dedos, con el olor a rosas y hortensias. Era hoy, esa misma noche, con los colores vivos y el corazón espinado.

Años y primaveras verdes, inviernos solitarios con muertes y pesos y medios muertos a causa de un dolor, de una lágrima mal regulada. Fue ver y volver a tomar el molcajete con las manos quemadas, fue volver a buscar repuestas en los libros de cuero y las inmensas bibliotecas, rezar y esperar la siguiente estación por una planta.

¿Era posible?

Rezar de rodillas y buscar una planta para curar el mal de ojo. Traer vida de la milpa, verla y escucharla, verde y amarilla, como los granos del café o como la tierra húmeda. Todo traía vida al mundo.

“La vida es un riesgo... El dolor pronto se transformará en recompensas mayores”, me dijo el padre.

Dejé de buscar un parto sin sangre, dolores o riesgos, y busqué la forma en que ningún bebé muriera, en que una madre pudiera cargar a su hijo recién nacido, con o sin brazos temblorosos. Busqué que el zorro y el coyote me dejaran entrar a su casa, me dejaran curar y traer la vida al mundo.

Busqué la vida en la tierra dormida y conquistada.

Dejé florecer la espina, clavarse y volverse fuente de vida, eternidad y fuerzas.

Busqué la luz, la esperanza... la cura para la tierra dividida.

Viajé con la hierbabuena en las manos y la ciencia en la mente. Perdí el corazón y las garras, caí de rodillas rezando que no murieran en mis manos, pero la vida también podía, solo llegaba para enseñarnos... saber...

Un ojo amarillo y otro verde.

¿Y si dejaba que la milpa creciera en mi mente y la espina llegara a la mente inundándola de incienso?